



Cargados con sus bultos, un grupo de españoles avanza por la nieve, camino de la frontera francesa.

## EL AMARGO PAN DEL EXILIO

**D**ESPUES de cerca de cuarenta años fuera de la Patria, lejos y muy lejos de ella en la mayoría de los casos, los supervivientes del último gran exilio español empiezan a movilizarse para el regreso, o simplemente empiezan a considerar que al fin ha llegado el momento de pensar seriamente en volver. Algunos, no todos; puesto que si para muchos los prejuicios morales o incluso políticos que se oponían a la posibilidad de un retorno perdieron cierta vigencia con la desaparición de la figura que simbolizaba su propio drama, para otros esta desaparición física de una persona, aun tratándose de la persona del General Franco, no es razón bastante para justificar el regreso, en tanto perviva más o menos intacta la estructura que segó la hierba bajo sus pies en tan lejanos años.

Todo ello, claro está, en el caso de contar, unos y otros, con las suficientes garantías jurídicas de una incorporación digna y plena, sin exponerse a estas alturas a nuevos procesos inquisitoriales ni a molestias de ningún tipo, aspecto todavía sin aclarar técnicamente, aun después de las declaraciones hechas en Bruselas por el ministro de Asuntos Exteriores, señor Arellano, en el liberal sentido de que todos los exiliados pueden volver

cuando lo deseen, "a excepción de seis", sobre cuya identidad y responsabilidades no caben más que cábalas.

El exilio de 1939 fue el más cuantioso y trágico de los sufridos por los españoles, o una parte de ellos, por decirlo con mayor precisión, y está siendo el más dilatado, pero tampoco es el único en nuestra Historia. Sin tener que referirnos a los grandes éxodos a que fueron forzados judíos y moriscos en siglos pasados, nuestra Historia

moderna está marcada por la expatriación de una parte de España —casi siempre la misma parte, en la larga confrontación entre las dos Españas—, desde el mismo momento en que, a finales de siglo XVIII, hace su aparición en la Francia revolucionaria la voz **emigración** en el sentido político que modernamente tiene el **exilio**. Es decir, aplicada a aquellos hombres que, "huyendo del peligro de padecer graves daños por fallos de Tribunales, o por la tiranía de los soberanos o Gobiernos, o de las turbas, se refugian en tierra extranjera"; aquellos que a resultas "de excesos atroces y de una persecu-

ción feroz, huyeron de su patria", como ha dejado oportunamente definido en sus **Recuerdos de un anciano** un exiliado célebre, Antonio Alcalá Galiano.

El siglo XIX español registra, en efecto, un constante desplazamiento o huida, a una de caballo literalmente en ocasiones, hacia tierras extrañas, de los sucesivos perdedores en los avatares políticos y bélicos típicos de cada momento. Cruzar la frontera vino a convertirse en la única garantía

la emigración", una frase hecha con el valor de todo un cuadro de costumbres, como Antonio Flores nos permite comprobar en un irónico capítulo de su obra **Ayer, hoy y mañana**; o mejor con el valor de un triste drama, desesperanzado y casi fatal.

### "Sus mejores hombres"

La trayectoria de la España constitucional de 1820 tiene muchas semejanzas con la España republicana de 1931, como han visto Vicente Lloréns y otros historiadores, y como parte de las frustraciones consiguientes a ambas oportunidades históricas, también existen similitudes entre los exilios producidos en los dos casos, al final de ambas experiencias, aun mediando un siglo largo entre uno y otro.

El primer gran exilio de españoles perseguidos a muerte por otros españoles se produce, en efecto, a comienzos del siglo XIX, en dos etapas sucesivas, y bajo la inspiración de aquel que fue "el Rey más funesto de nuestra Historia", según Marañón y el más unánime criterio. En la primera etapa, 1813-14, salen del país, a retaguardia de las tropas napoleónicas que se retiran, numerosos espa-

### Daniel Sueiro

cierta de salvar el pellejo ante la sañuda persecución del buen hermano, del justiciero compatriota, del adversario instalado en el poder y transformado por ello en enemigo implacable y cruel. Aunque ya veremos que, en la última de estas grandes catástrofes del exilio, ni siquiera haber ganado tierra extranjera permitió a muchos salvar la piel y la vida permaneciendo en ella.

En expresión de Larra, más o menos textual, ser liberal era ser exiliado en potencia, y lo ha sido durante largo tiempo. Decenas de miles de exiliados van comiendo unos tras otros "el amargo pan de

## NOVEDAD DIA DEL LIBRO

Antoni  
Jutglar

## PI Y MARGALL Y EL FEDERALISMO ESPAÑOL

(2 volúmenes)

*La proclamación de la Primera República en 1873 supuso el punto culminante y la gran oportunidad histórica del movimiento federal, cuyas prolongaciones llegan prácticamente hasta nuestros días. Durante el sexenio revolucionario de 1868-1874, apareció confundido con el partido republicano federal; tuvo su extremismo en las manifestaciones cantonales y animó la aparición de la Primera Internacional en España. Antes y después de 1873 estuvo vinculado a la figura y obra de uno de los teóricos y políticos más destacados de la segunda mitad del siglo XIX, Francisco Pi y Margall.*

**T**TAURUS  
ediciones

VELAZQUEZ, 76 · 4º  
Madrid-1 Apartado 10.161

## EL AMARGO PAN DEL EXILIO

ñoles "afrancesados", a los que pronto se suman las masas "liberales", furtivos todos de la amenaza y de la venganza que llegan con el Rey "absoluto".

Loréns habla en **Liberales y románticos** (Castalia, 1968) de "no menos de diez mil españoles" en la primera salida y de "gran número de patriotas" en la registrada al año siguiente. Marañón, por su parte, dice en **Españoles fuera de España** (Espasa-Calpe, 1968) que fueron "muchos, más de 10.000 militares y unos 5.000 civiles" los que abandonaron el suelo español en la primera avalancha; y "a ellos se unieron los citados patriotas liberales, perseguidos por el traidor monarca, que fueron también cerca de 15.000". Una primera cifra, pues, de 30.000 fugitivos, según Marañón, a la que él mismo añade otros 20.000 exiliados más como consecuencia de la segunda etapa de la persecución, iniciada en 1823 con el restablecimiento en el trono absoluto de Fernando VII por las tropas francesas del duque de Angulema. Aunque muchas de las víctimas de este destierro hubieran de expatriarse dos veces en tan corto espacio de tiempo, una cifra cercana a los cincuenta mil españoles exiliados tiene ante todo un significado cuantitativo, si bien no sea éste el esencial, de gran repercusión y gravedad para aquel tiempo.

En cuanto a la significación cualitativa de este primer magno exilio, como exactamente ocurriría en el de siglo y pico más tarde, baste citar la apreciación de los mismos autores que estamos mencionando, también exiliados ellos

mismos en alguna etapa de sus vidas. "Salieron de España sus mejores hombres", atestigua Marañón. "Además de notables escritores, profesores y hombres de ciencia", añade Loréns, se fueron "los funcionarios más aptos e inteligentes con que contaba el país, nunca sobrado de capacidades". Con los afrancesados y los liberales en el exilio, "habían desaparecido en realidad de la vida pública las minorías dirigentes del país".

## Riadas de españoles

Al referirse a "la más numerosa y la más triste de cuantas (emigraciones políticas) han existido", la que siguió al final de la última guerra civil, en que grandes riadas de españoles vencidos en la confrontación armada escapaban de sus hermanos por cualquier clase de caminos que los llevaran a cualquier lugar lejano donde no les despojases también de lo último y más valioso que aún tenían, la vida, cosa que muchos no llegaron a conseguir, aventura Marañón —en una conferencia pronunciada en París en 1942— una cifra próxima al millón de personas como la correspondiente al número de españoles que habían pasado a Francia en aquellos años.

Como en el caso del millón de muertos, también en esta apreciación del millón de exiliados pudo actuar la sugestión que a veces ejercen los grandes guarismos, por otro lado comprensible. Hoy, pasado algún tiempo, y con las nuevas aportaciones de estudios comúnmente serios que empiezan a aflorar, como el de Javier Rubio referido a **La emigración española**

en Francia (Ariel, 1974), o rememoraciones desapasionadas como la de Artis-Gener sobre **La diáspora republicana** (Euros, 1975), puede establecerse con cierta precisión que, si bien en un principio se expatriaron quinientas mil personas, en números redondos (o un millón), la mitad de esa cifra regresaron a España desde Francia entre 1939 y 1940, de modo que aproximadamente la otra mitad, o sea, doscientas cincuenta mil, es el número de refugiados que, bien sea en Francia o en cualquier otro país, se debaten por encontrar una posibilidad de supervivencia.

Pero tampoco los números escuetos, aun siendo tan elocuentes como éstos, revelan por sí solos toda la importancia y gravedad que revistió este último gran exilio español, tal vez a punto de saldarse, pero aún no saldado, ciertamente.

## Puertas abiertas y puertas cerradas

Por razones de vecindad, ante todo, ha venido siendo Francia el primero y lógico foco de atracción del exilio español. Pero no sólo por eso, puesto que también Portugal está cerca, más cerca incluso de una más amplia zona española, y por lo menos hasta ahora no ha sido utilizado como lugar de refugio masivo y solvente, sino fundamentalmente porque en la culta Francia ha visto el liberalismo español al país del humanitarismo y de las libertades, de la hospitalidad, en una palabra, tesis que en la última y más reciente ocasión ha tenido la oportunidad de desmentir, y no en pequeña medida.

En Francia, y sobre todo en Inglaterra, encontraron, en efecto,



Evacuación de heridos de Irún y Behobia.

refugio aquellos liberales exiliados a comienzos del XIX, pero también entonces, como ocurriría más tarde con estas u otras variantes, se dio el caso, como muy bien advierte Vicente Lloréns, de que mientras en tantos países del mundo cristiano se les negaba asilo, mientras la Europa continental les cerraba sus puertas, hasta el punto de que "en algunos países no cabía aventurarse ni con grandes precauciones", "el Emperador de Marruecos los acogía humanitariamente y se negaba a las solicitudes de extradición de Fernando VII".

La mayoría del exilio de 1939 hizo también de Francia su nueva patria, siquiera en el sentido geográfico; según los datos más recientes, se aposentaron finalmente allí unos 140.000 españoles. En esta ocasión, el tratamiento dispensado en principio por los franceses a estos refugiados no fue precisamente humanitario, ni medianamente civilizado, como ya es bien sabido; las miserias y humillaciones — así como la muerte, en muchos casos — sufridas en los campos de concentración franceses, en Prats-de-Molló, en Argelés, en Saint-Cyprien, etc., han sido descritas en repetidas ocasiones. En muy pocos testimonios de los que vivieron aquella catástrofe cabe encontrar, como se encuentra en el de Ramón López Barrantes, **Mi exilio** (G. del Toro, 1974), la suficiente capacidad de ponderación como para dispensar alguna comprensión o justificación al trato infligido a los fugitivos españoles por los paradójicamente amedrentados franceses de aquellos días.

Pero por lo menos los franceses, tal vez porque no podían hacer otra cosa, los dejaron entrar. Fueron, en cambio, numerosos los países europeos y alguno americano que,



Un miliciano entrega su fusil al llegar al campo de refugiados de Perthus.

como antaño, cerraron a cal y canto las puertas de sus fronteras y las entradas de sus puertos.

El gesto de los ingleses y el de aquel Emperador de Marruecos de 1823, lo tuvo en 1939 el general Cárdenas y lo tuvieron los mexicanos. Sin duda obedeciendo a ciertas presiones, Francia intentó incluso en algún momento oponerse al embarque de muchos de los

fugitivos hacia el país azteca, pero por poco tiempo y sin éxito, puesto que de los puertos franceses fue, en realidad, de donde salieron la mayor parte de los barcos que atravesaron el Atlántico con aquella silenciosa y maltrecha carga humana. Cuando los nazis se adueñaron de París, con muchos de aquellos refugiados españoles militando en la resistencia, miembros de la Ges-

tapo, junto con alguna gente recién llegada de España, como relata López Barrantes en su libro mencionado, se ocuparon de realizar repatriaciones forzadas, y para ejemplos baste recordar, siguiendo a este mismo autor, los de Companys, Cruz Salido, Zugazagoitia, Teodomiro Menéndez, Rivas Cherif, etcétera; viajes de retorno a la Patria de los que se iba muy pronto ante los pelotones de fusilamiento o en el mejor de los casos a la cárcel. Pero ya mucho antes nuestro otro vecino, Portugal, no ocupado físicamente por los batallones alemanes, pero como si lo estuviera en realidad por aquel entonces, se encargó de devolver puntualmente, y desde el primer momento, a cuantos republicanos españoles trataban de salvarse cruzando sus fronteras.

En el segundo de estos grandes exilios españoles que estamos considerando, tampoco Inglaterra mantuvo aquella actitud acogedora y digna que tiempo atrás hiciera medianamente soportable el infortunio de los integrantes del primer gran exilio. Buena parte de la opinión pública y de los miembros de la Cámara de los Comunes "estaba convencida de que los refugiados que esperaban en los muelles de Alicante y Gandía eran, sin excepción, unos desalmados asesinos comunistas y anarquistas", como escribía recientemente Michael Alpert ("Sábado Gráfico", 16-XI-74), el cual especifica asimismo que "con el coronel Casado, en el destructor de Su Majestad, *Galea*, embarcaron unas 180 personas".

### Abandonar el país, abandonar el mundo

En la huida por el Sur, la vía de escape que en 1823 había significado Gibraltar — por donde embarcaran hacia Inglaterra y también Francia unos 20.000 fugitivos de la felonía fernandina —, la supusieron los refugiados de 1939 en algunos puertos levantinos, desde los cuales, en efecto, pudieron pasar a Orán, Argel o Bizerta, en sucesivas oleadas, entre 20.000 y 25.000 personas, cifra muy semejante a la de ciento dieciséis años antes.

Tan conocido y espeluznante como el espectáculo de los campos franceses es, sin duda, el de los muelles levantinos en aquella lejana primavera, en que las muchedumbres civiles y miles de combatientes derrotados aguardan desesperados, al mismo borde del mar, la llegada de los barcos que los liberen al menos de apurar las heces de su negro sino, por decirlo de acuerdo con los sentimientos que sin duda reinaban entonces allí. Ante muchos de los que esperaban, como también es sabido, en lugar de esos barcos que nunca aparecerían, o que se irían ▶



El exilio de 1939 fue el más cuantioso y trágico de los sufridos por los españoles y está siendo a la vez el más dilatado. En la fotografía, un regimiento de milicianos cruzan a Francia por el Puente del Rey.

# Libros que han acaparado la atención mundial

**Cassius Clay**  
**El más grande**

"El más grande no es la consabida autobiografía de un atleta... es como tener a Ali solo en una habitación y escucharle respondiendo todas las preguntas... El libro es extremadamente bueno, apasionante."

**The New York Times**

**Chow Ching Lie**  
**El palanquín de las lágrimas**

Seis meses de permanencia en la lista de best-sellers del semanario **L'Express**.

"Entre los numerosos libros que hoy nos hablan de China, éste es único."

**Joseph Kessel**

**Vladimir Voinovich**  
**Vida e insólitas peripecias del soldado Iván Chonkin**

"La publicación de esta novela es uno de los acontecimientos más significativos y alentadores de la literatura rusa de última hora."

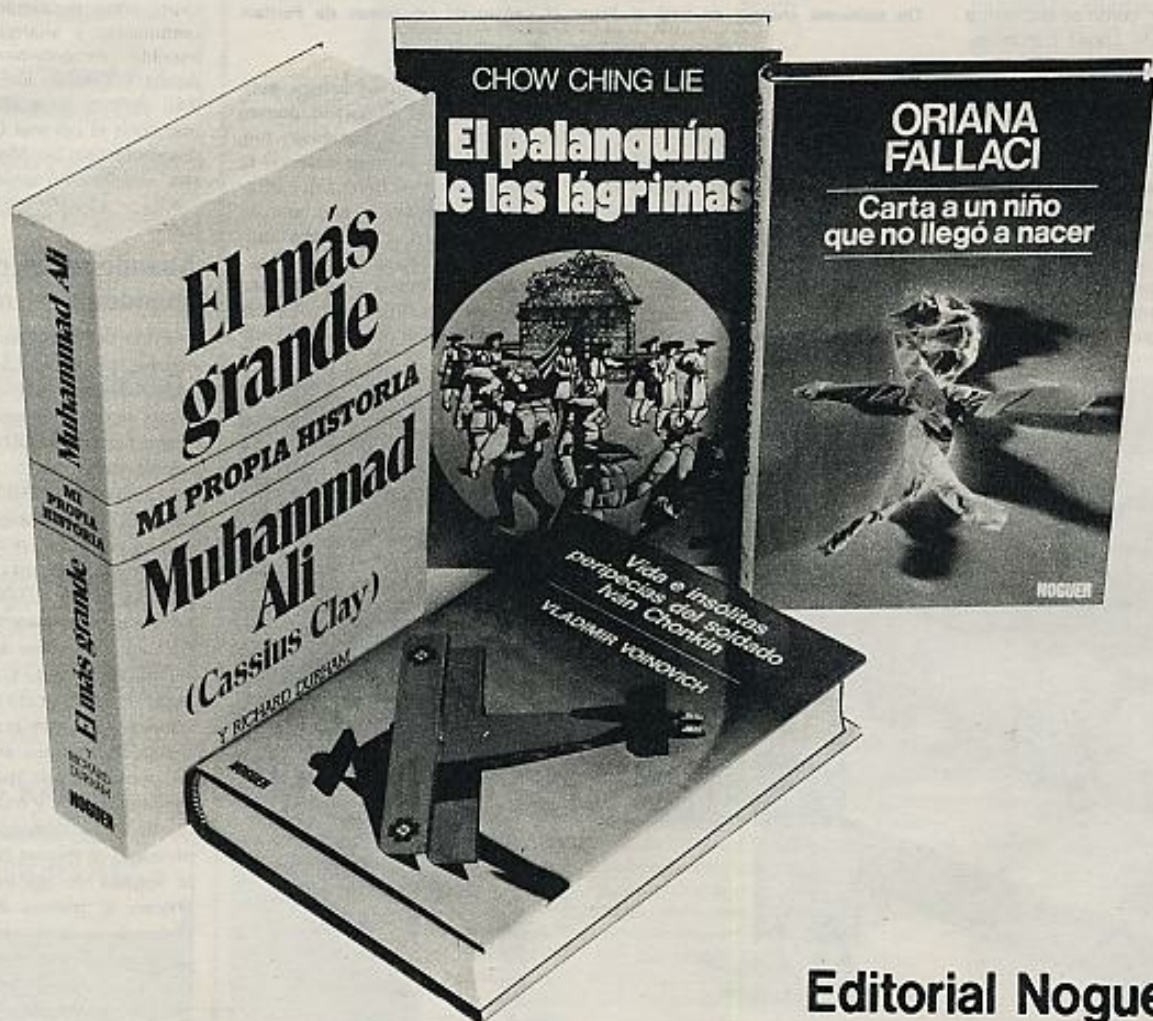
**The Times Literary Supplement**

**Oriana Fallaci**  
**Carta a un niño que no llegó a nacer**

6 ediciones en dos meses.

"Es un libro profundamente humano, desesperadamente justo, maravillosamente impulsivo, honestamente profundo. Es el libro más hermoso que he leído en los últimos meses."

**La Vanguardia**



**Editorial Noguer**

## EL AMARGO PAN DEL EXILIO

vacíos después de dejarse ver, se abrían las puertas de las prisiones y aun para algunos las fosas de las tumbas.

Cuando los que fueron testigos y a la vez víctimas de aquella situación extrema ponen hoy ante nuestros ojos las escenas trágicas de quienes ni siquiera pudieron optar por el exilio, y ante la imposibilidad de salir del país toman la decisión de abandonar para siempre el mundo, algo de nosotros se rompe también al leer estos relatos. "Hubo un grupo de varios hombres —escribe uno de los supervivientes de aquellos últimos días en el muelle de Alicante, supervivientes también de diversas penas de muerte, Adolfo Lucas Reguilón García, *El último guerrillero de España* (AGLAG, 1975)— que, puestos de acuerdo, se subieron sobre una de las grandes pilas de sacos llenos de cereal que allí había. Se colocaron en estrecho círculo. Y dando sus vivas más queridos, uno de ellos hizo explotar en el centro una granada de mano que destruyó al grupo". Se llegó a rogar públicamente "que no se quitasen la vida, al menos de aquella forma". Otro testigo presencial, de entre los que no lograron embarcar, también condenado a muerte a renglón seguido y afortunadamente vivo en la actualidad, Eduardo de Guzmán, recuerda cómo "un individuo que pasea por el muelle con aparente tranquilidad, se pega un tiro en la cabeza y cae..."; cómo: "un hombre alto y fornido, que está fumando un puro, se da un profundo tajo en el cuello (...); sentado en el suelo, con el puro en los labios permanece medio minuto, hasta que se derrumba muerto". Dos antiguos dirigentes "se estrechan con fuerza la mano izquierda mientras levantan las pistolas que sostienen con la derecha a la altura de la sien (...). Suenan a un tiempo los dos disparos. Un instante permanecen en pie. Luego ¡¡ quedan tendidos, inmóviles, con los ojos abiertos mirando sin ver, con las pistolas humeantes al lado y unidas las manos izquierdas" (TRIUNFO, 3-IV-76) (\*).

### De México a la URSS

De los que lograron cruzar el Atlántico en esta última fuga colectiva —en la primera fueron muy pocos los que ganaron las costas americanas—, la mayoría encon-

traron en México la más caballerosa de las acogidas, y fundamentalmente también en Chile. La dispensada por otros países centro o sudamericanos (Argentina, Brasil, Colombia, Cuba, El Salvador, Venezuela, Uruguay), fue bastante más discreta; por lo menos no tan masiva, sino más discriminada. La actitud del Santo Domingo del dictador Trujillo, por muy oportunista políticamente que quisiera ser, y lo fue, como señala el mismo Lloréns en otra de sus aportaciones al tema, *Memorias de una emigración* (Ariel, 1975), permitió la acogida de un número considerable de exiliados (más de 3.000 en un momento en que la capital no pasaba de los cien mil habitantes; hoy tiene un millón); "mientras la mayoría de los Gobiernos americanos (...) cerraban sus puertas a los emigrados políticos españoles".

De la actuación al respecto del Gobierno de los Estados Unidos dan idea los trámites que hicieron seguir a los españoles llegados a bordo del "De Grasse" al puerto de Nueva York a comienzos de 1940; "Desembarcaron a los 206 refugiados, los metieron en un tren y sellaron los vagones. Así encerrados atravesaron el territorio norteamericano, hasta llegar a la frontera mexicana". Sólo más tarde admitirían los yanquis una emigración política española muy seleccionada: intelectuales, profesores, científicos...

Javier Rubio da la cifra de 15.000 personas como el total de exiliados instalados en México y otros países americanos a finales del año 1939; pero como la emigración política hacia América continuó durante toda esa década, sin duda es más verosímil la cifra total de entre cuarenta y cincuenta mil exiliados para esos países hasta 1949 que propone Artís-Gener, el cual contabiliza asimismo sólo en México 32.705 de ellos.

De entre los desperdigados por diversos países europeos, aparte de los ya mencionados en Francia e Inglaterra, apenas puede conocerse a ciencia cierta más que la presencia en la URSS, al final de la guerra —como determina el autor últimamente mencionado—, de cerca de ocho mil refugiados españoles; cifra compuesta fundamentalmente por los 5.000 niños que, acompañados por 300 profesores, abandonaron España con aquel destino entre 1937 y 1938, más los 2.000 españoles, entre miembros del partido y sus familiares, que en 1939 tomaron por la fuerza el mismo rumbo.

### ¿Rehacer la vida?

Un profundo patetismo, una dignidad sustancial, seguramente muy españoles, envuelven la imagen del

exilio de cualquier época, sobre todo en los primeros momentos de adaptación a las nuevas circunstancias. La vida está salvada, pero ahora hay que vivirla.

El paso tarde y el raído aspecto con que los refugiados republicanos, liberados de los campos de concentración franceses, se presentan a las puertas de la casa de México, para contemplar, inmóviles, ausentes, el ondear de la bandera izada sobre el viejo castillo, tal como recoge en su libro *Artís-Gener*, tiene su lejano parangón con el aire grave y la pobreza de las ropas de aquellos ex ministros liberales que llevan a hombros, por las calles de Londres, el féretro del que ha muerto lejos de la Patria, en una comitiva que atrae la atención y el respeto de los transeúntes, como cuenta Lloréns.

Todos los exiliados estiman que su situación de destierro es provisional, pasajera, pero pasan los años y ni Fernando VII se muere a tiempo, a pesar de todo, ni el famoso cerco internacional sirve para otra cosa que para numantizar a los vencedores. Entonces, al desconcerto y a la orfandad sucede la necesidad de adaptación.

Es suficientemente conocida hoy la aportación que el exilio republicano ha hecho, a manera de natural compensación por la hospitalidad recibida, en los países de su asentamiento, en México de manera especial, en los campos de la enseñanza, de la industria química y farmacéutica, de la editorial, en el de la investigación, etcétera. El tiempo pasa, pasa despacio, pero es demasiado largo, con todo, y entre tanto buena parte de aquel exilio político se va convirtiendo en emigración casi convencional. Hay gente emprendedora que no puede evitar hacer dinero, que los hijos, nuevas generaciones con nueva nacionalidad, heredan... Los peores momentos han pasado. O tal vez fueron los mejores, puesto que empiezan a recordarse con nostalgia en muchos casos.

Coroneles dedicados a la fabricación de zapatos, diputados haciendo barajas, capitanes esmerándose en el bordado, compositores vendiendo sus piezas musicales por las calles... O más recientemente, como ha ocurrido en los diversos países americanos, ingenieros amasando el viejo turrón español, montando la primera fábrica de hojas de afeitar de México; catalanes trasplantando sus viñedos allí, maestros descubriendo minas de oro auténticas, combatientes vencidos dedicados al cobro de morosos, a la venta domiciliaria, a la destilación de licores, al menudeo callejero de cigarrillos y cerillas... Nos dicen: los actores dirigiendo cadenas de supermercados, los economistas al frente de

granjas avícolas, los maestros de escuela dirigiendo talleres de carpintería industrial, los pianistas trabajando como entrenadores de equipos de fútbol, los barberos ejerciendo de jefes de fábricas de cemento... Rehaciendo la vida.

### Los principios y la honra

En las horas de peor amargura, cuando no basta con dejar volar los sentimientos y los recuerdos, el exiliado corre a asomarse patéticamente a su país desde las barreras de la frontera más cercana, a la espera de un regreso digno. "No era perdón lo que en general podía contentar nuestra soberbia", escribe de su exilio Alcalá Galiano, que a raíz del Decreto de amnistía dictado por la regente María Cristina, se suma al retorno de todos con la conciencia y el orgullo de volver, como él mismo dice, "mal corregidos de nuestros principios y con honra".

Amnistías como la concedida anteriormente por Fernando VII, forzada por los franceses, que tuvo la virtud de acrecentar el exilio con la salida de los liberales que se vieron amenazados por el rigor y las limitaciones de sus términos, no son las que hacen falta, ciertamente, ni entonces ni ahora.

Nadie podrá hablar de soberbia ahora en relación con la España del exilio, ni tampoco, es de suponer, de la pérdida de los principios en el honroso regreso. En contra del destino que cupo a aquellos liberales al volver a la Patria, no alcanzará por cierto a estos otros, más cercanos a nosotros, la fortuna, por decirlo de algún modo, no ya de ver dispuestos para ser ocupados los sitios del poder, mas ni siquiera de llegar a tiempo de incorporarse trayendo consigo algo parecido a cualquier tipo de romanticismo.

Ni uno ni otro de estos dos grandes exilios históricos de españoles, o, mejor dicho, ninguna de las situaciones que los causaron, hubieran podido inspirar un cuadro como el pintado por Velázquez a la rendición de Breda, considerado como exponente de ciertas virtudes españolas y que aquí ha habido repetidas ocasiones de recordar, mucho antes de que se celebrara el famoso proceso de Nuremberg. Por lo menos en esas dos, en 1823 y en 1939. Pero estas ocasiones españolas, tan trágicas, al menos para una parte de España, también tuvieron sus testigos exactos y sus notarios: una en Goya, español exiliado y muerto en el exilio él mismo, con sus retratos del Rey malvado, y la otra en Picasso, también español exiliado y también muerto en el exilio, con ese desgarrador grito de muerte que sale del "Guernica" ■ D. S.

(\*) Este tema lo trata el autor más extensamente en el libro "La muerte de una esperanza" (Ediciones G. del Toral).